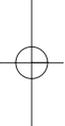


# CARTAS A ROGERS

**E. N. Simpson**



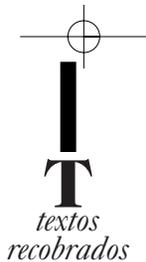
**E**n 1925 se crea el Institute of Current World Affairs (ICWA), un organismo para entonces progresista de estudio y militancia sobre los grandes problemas del mundo. Fue originalmente financiado con los fondos establecidos por Charles R. Crane, filántropo e internacionalista y asesor de Woodrow Wilson durante la negociación de los tratados de Versalles. Walter Rogers, un periodista y abogado que trabajó para la familia Crane y para el presidente Wilson, se convirtió en el presidente del ICWA por 34 años (hasta 1959) y en uno de sus soportes financieros (Rogers Foundation). El objetivo del ICWA era estudiar las condiciones mundiales de desarrollo para luego transformar y modernizar distintas zonas. Eyler Newton Simpson fue becario del ICWA entre 1927 y 1928 y permaneció en México hasta mediados de los años treinta. Su tesis doctoral en la Universidad de Chicago, “Wishes: A Study of Social Psychology”, seguía las pautas de la nueva ciencia de la “Psicología social” basada en encuestas, laboratorios sociales y estudios de opinión.

Su labor en México consistió en examinar los factores económicos, educativos, raciales y religiosos del país, y en analizar el funcionamiento de sus sistemas políticos y educativos. Parte de su trabajo era entrar en contacto con “formadores de opinión, gente influyente entre los intelectuales y la clase política del país”. Como resultado de sus investigaciones, Simpson llegó a producir uno que otro estudio (“A Dope Sheet for Mexico’s 1933-1934 Presidential Campaign”), pero su mayor obra fue el libro *The Ejido; Mexico’s Way Out* publi-



---

Traducido del inglés por Esther Sada.



cado en 1937, un trabajo muy bien recibido en los círculos oficiales mexicanos y entre la academia estadounidense.

Las cartas entre Simpson y Rogers están llenas de datos sobre la educación en México, la gente influyente, las relaciones sociales y raciales y el desarrollo agrícola. Simpson viajó por la República, visitó escuelas rurales y frecuentó e hizo amistad con varios intelectuales y políticos mexicanos. En estas cartas aparece como una especie de etnólogo, reportero, observador participante y turista de la política cultural y social del México de los años veinte. Aquí una selección de dichas cartas. La selección aquí presentada proviene de la Nettie Lee Benson Latin America Collection.



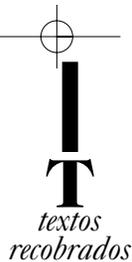
México, D.F.,  
Hotel Geneve,  
8ª calle Liverpool 133  
17 de Julio de 1927.

ENS... WSR... 4.

Estimado Sr. Rogers:

Esta semana hemos tenido una perfecta cosecha de nuevos contactos. Tal vez sea mejor decir que he sembrado las semillas que espero cosechar en su debido momento, ya que hasta ahora los resultados, aunque tangibles, no son muy significativos.

A pesar de que no había necesidad, ni tenía que ver mucho con los estudios que desarrollo actualmente, creí que, por cortesía, debía presentarme en la embajada lo más pronto posible. Es poco lo que puedo decir de Alan Winslow. La conversación que usted sostuvo con él (creo que en enero) preparó muy bien el terreno. Mostró mucho interés por el instituto y quiso saber todo lo relacionado con el plan general de procedimientos y el mío en especial, lo cual le planteé de manera muy amplia. Ofreció ayudarme, por iniciativa propia, en lo que él pudiera cuando empezara el estudio de la situación del petróleo y la tierra. La corta conversación con él me dio la impresión de que tiene los pies fir-



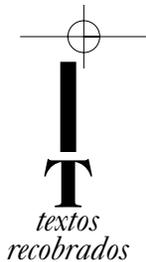
memente plantados en la tierra, aunque es una tierra sobre la que ondea la bandera estadounidense. Por cierto, quisiera añadir que fue muy cordial y amigable, lo que en un plan estrictamente social puede hacernos la vida agradable.

Conocí a Fred Hibbard, uno de los subsecretarios de la embajada, como estudiante de la Universidad de Texas. En ese tiempo era el “esteta de la facultad” y tenía un errabundo interés por la literatura, el arte, la música, en fin, por la cultura. Nuestra conversación de una hora frente a una cerveza en el restaurancito alemán conocido oficialmente como el “anexo de la embajada” reveló que tantos años en la diplomacia no lo habían cambiado en absoluto. Ha estado en este servicio en Inglaterra y Rusia; también fue el secretario particular de Kellog antes de que el Sr. Kellog alcanzara su actual prominencia. Lo importante es que Hibbard es del tipo que sabe todos los chismes y no le importa divulgarlos; con una pizca de sal, podría resultar útil.

John Cornyn<sup>1</sup> es un hombre de edad que ha seguido una carrera variada e interesante, *id est*: se graduó con honores de la Universidad de Toronto en lenguas romances y siguió sus estudios en Francia y Alemania; realizó trabajos periodísticos en Toronto y fue corresponsal del *New York Press* en Cuba y en la Ciudad de México; fue editor de algunos periódicos de México y de varias enciclopedias latinoamericanas; catedrático de lenguas romances en Southwestern University y Birmingham Southern College; durante cuatro años fue director de las escuelas de la colonia estadounidense en la ciudad de México... Actualmente es director del servicio extranjero de noticias en el *Chicago Tribune* en la misma ciudad. Todo lo que he mencionado sería suficiente para darle valía al Sr. Cornyn, sin embargo, su valor para mí es mayor porque tiene la reputación de conocer muy bien la antigua cultura azteca; de hecho, da clases en la universidad sobre literatura azteca. Desde luego que la literatura azteca no es uno de mis intereses principales para entender los problemas del México actual, pero pienso que un poco de interés en el tema podrá abrir un canal de información hacia cuestiones de mayor trascendencia.

---

<sup>1</sup> Autor de *Cuentos mejicanos*, Richmond, Va., Johnson publishing company, 1925. *Días y México*, México, Lacaud, 1910, entre otros.



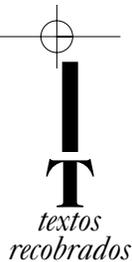
Hasta esta semana he tenido más avances en mis estudios sobre el desarrollo de la educación que en los de los problemas de orígenes raciales de la civilización mexicana. No obstante, el jueves pasado tuve la fortuna de conocer a uno de los sociólogos mexicanos más destacados, Daniel Cosío Villegas, quien promete ser de gran ayuda en el estudio de este problema.

Villegas, a pesar de ser un hombre joven, ha enseñado durante muchos años en la Universidad Nacional y ha estado un año en la Universidad de Wisconsin como estudiante de economía agraria. Actualmente imparte clases en México y los Estados Unidos sobre la Revolución Mexicana y sobre el problema agrario. En muchos de los panfletos que ha publicado con el nombre de "Sociología Mexicana" muestra un gran conocimiento de las características distintivas de la vida de la gente y un buen manejo de las teorías más recientes sobre las fuerzas sociales. Me proporcionó una bibliografía de las mejores fuentes mexicanas sobre temas etnográficos y para la próxima semana prometió presentarme a algunas de las autoridades en este campo.

Antes de venir, casi todos con los que hablé acerca de México dijeron en algún momento de la conversación: "y tienes que conocer a Francis Toor". Bueno, pues la otra noche conocí a Francis Toor en una "fiesta", que describiré más adelante. Resultó ser una mujer estadounidense que ha pasado una buena parte de sus 35 años en México. Es editora de una revista llamada *Mexican Folkways*, profesora de inglés en las City Schools, estudiante de arqueología mexicana... Es considerada una persona grata entre la intelectualidad y, al parecer, los mexicanos en general la tienen por "muy simpática". Ha viajado por una buena parte de México y ha vivido en algunas comunidades indígenas. Conoce tanto el sistema educativo como el movimiento obrero desde el interior. Por tanto, espero que colabore con el instituto como fuente de información y como contacto con sus amigos.

Hasta aquí lo de las semillas sembradas. Ahora, algo sobre los primeros retoños en el campo de la educación.

Ayer, con una carta dirigida al director de la división de publicaciones, el Sr. Salvador Novo, visité la Secretaría de Educación, donde recibí un juego completo de las publicaciones. (Quisiera detenerme aquí para insertar un apasionado párrafo sobre las pinturas de Diego Rivera que cubren los muros del edifi-

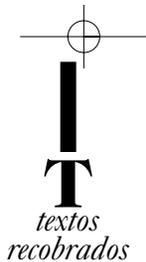


cio, pero esto deberá esperar hasta que sepa más al respecto). Los libros más valiosos que me dieron son los del desarrollo de la educación rural, y un folleto con bellas ilustraciones sobre las famosas “escuelas al aire libre”, de las cuales ya se han establecido cinco en la ciudad. Ambos informes, a juzgar por la elaborada forma en que se presentan, huelen un poco a propaganda. No obstante, algo de observación directa servirá para comprobar cualquier exageración o minimización del caso.

Lo que vi en la escuela para indígenas el jueves pasado me comprobó, si acaso se necesitara, de que el método de observación directa para recabar información es muy superior a la simple lectura de informes. Nos invitaron a la escuela para asistir a una celebración en honor de varios indígenas guatemaltecos que habían caminado desde su país natal. Me parece que la escuela, construida hace un año, para el gobierno y para varios intelectuales y personas de sociedad [oración trunca en el original]. Los dos últimos grupos estuvieron bien representados en los asientos de honor del auditorio donde se presentó el programa de canciones, danzas y música indígenas. El mobiliario de la escuela, limpio y blanco, era totalmente moderno. Había talleres de manualidades, jardines, aulas clasificadas reglamentariamente y una hermosa piscina al aire libre. Conocí al director de la escuela y al profesor de música; nunca había visto semejante entusiasmo por parte de los funcionarios encargados de una empresa de esta naturaleza. Nos dijeron que los alumnos (que ahora son 196) son indígenas puros traídos desde todos los rincones de México. Se les dará un curso de dos años y luego se les regresará a su pueblo natal para que aligeren la carga. Los patrocinadores de la empresa esperan erradicar de una vez por todas las teorías acerca de la inferioridad de las razas indígenas en México... Pero ya basta de esto por el momento. Estoy convencido de que el experimento es muy importante y en mi informe sobre la educación en México le daré un tratamiento amplio y adecuado.

Cada minuto, la vida se torna más interesante y emocionante:

ENS



México, D.F.,  
Hotel Geneve,  
8ª calle Liverpool 133  
24 de julio de 1927.

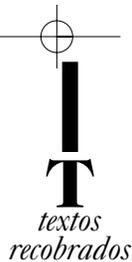
ENS... WSR... 5.

Estimado Sr. Rogers:

En estos días me he visto obligado a reflexionar sobre la curiosa mezcla de motivos y tendencias que se apiñan en la mente de quien busca captar y conservar, para luego poner en palabras, la esencia de la realidad viviente que es México. Para asegurarse, se debe hacer el papel de científico. Las observaciones han de hacerse sin prejuicios y las anotaciones deben reunirse fría y calculadoramente; el conocimiento, sobre todo, se debe clasificar, tabular y ordenar para que su uso sea eficiente. Pero esto no es suficiente. Uno se ve obligado, irresistiblemente, a ejercer su intuición y previsión imaginativa. Se sienten miles de matices en la vida cotidiana de la gente. La lucha por la existencia se presenta como un caleidoscopio de color, en ocasiones mezclándose sutilmente, en otras, estructurado con firmes contornos. En cada parte se encuentra uno fugaces impresiones, apenas percibidas, cada una de las cuales parece tener la llave de una secreta puerta interior de conocimiento y comprensión... En resumen, para interpretar la vida de un pueblo se debe hacer también el papel de poeta y novelista.

Desde luego, todo lo que he dicho es una perogrullada y un lugar común, pero incluso éstos transcurren en México con una diferencia. Tomemos como ejemplo nuestra experiencia de ayer. Desde cierto punto de vista, todo lo que sucedió fue que fuimos a tomar el té a una de las colonias residenciales con una agradable familia mexicana, y para darle forma, con sus coloridos detalles, a todo lo que se reveló acerca de la vida y la historia mexicanas en esta familia, se necesitaría el genio de Gorki o Meredith.

Por supuesto, no se dijo nada abiertamente, pero las palabras dichas no son necesarias cuando la historia está escrita en las piedras mismas de la casa. La madre, a la cabeza de la familia, con su corpulenta figura dentro de un vestido



de terciopelo negro ya un poco gastado; sus tres hijas adultas, casi atractivas (la más grande felizmente casada, pero apenas hace un mes); el yerno, que declaró que ningún caballero tendría nada que ver con la actual política mexicana; la vieja casa, discretamente metida hacia atrás de la calle, medio oculta por una gran barda y llena de curiosos armarios y muebles franceses recubiertos de felpa con adornos dorados... Todos los detalles para formar el cuadro completo de una educada decadencia. Parecía que aquí uno veía en la penosa realidad al menos un aspecto de lo que ha seguido en el camino de la Revolución mexicana: la antigua aristocracia retirada fríamente a una existencia de silenciosa decadencia en las aguas estancadas de la vida del país.

Como drástico contraste, permítame contraponer la imagen de otra reunión a la que asistimos al inicio de la semana. Tuvo lugar en el departamento de una joven estadounidense llamada Mary Doherty (trabaja en el departamento de publicidad del gobierno mexicano y será de utilidad). Añada a la reunión un conde austriaco muy alto y locuaz; un arquitecto de Nueva Orleáns que está haciendo bocetos a lápiz de los líderes políticos para un periódico de Nueva York; dos hombres muy callados y retraídos, secretarios de la legación rusa; un estudiante de la escuela de verano que enseña francés en Carolina del Norte; Carleton Beals (véase más adelante); Francis Toor (véase la carta anterior)... Revuelva bien y mezcle con cigarrillos y té, y ahí tiene su reunión. ¿Alguien dijo que la ciudad de México era cosmopolita? Ahí está.

Esta semana he conocido a mucha gente, pero en este momento sólo hablaré de dos. El lunes comí con Carleton Beals. Como quizá recuerde, Beals vino a México desde California alrededor de 1918. Algunos afirman que salió de los Estados Unidos porque no estaba de acuerdo con el gobierno en lo que respecta a la ley de conscripción. En uno de sus libros dice que se fue para salvar su alma de los efectos mortales de trabajar para la Standard Oil Company. Tal vez las dos razones sean verdaderas. En cualquier caso, ha viajado en algún momento por casi todo México y ha escrito dos libros y varios artículos sobre diversos aspectos de la vida mexicana moderna. Después de leer en sus libros las penurias que ha pasado en sus viajes por el país, uno se sorprende un poco al ver a un hombre bastante pequeño, con ojos azul claro y cabello rubio; además tiene una forma lenta de hablar, muy diferente a la intensidad con la que



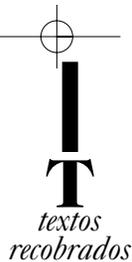
escribe. Los siguientes párrafos, tomados de mi grabación de la entrevista que tuve con él, le darán una idea del hombre:

“Estaba muy interesado en mis planes y expresó su agrado de que al menos alguien viniera a hacer estudios sobre México sin ningún interés personal. Al comentar sobre mis planes me recomendó en especial que pasara el mayor tiempo posible fuera de la capital. Siente que la capital representa una aglomeración muy heterogénea de culturas y es poco característica de la mayor parte de México.

“Cree que aunque es interesante la escuela para indígenas, en teoría está totalmente equivocada... ‘Una especie de zoológico de indígenas’... Recordó el hecho de que ya en el virreinato se intentó lo mismo y fracasó. Cree que Vasconcelos y Gamio estaban en la ruta correcta al llevar la escuela a los indígenas en vez de traer a los indígenas a la escuela. El contacto con la cultura de la ciudad dará como resultado que los indígenas ya no regresen a su pueblo natal o, si lo hacen, ya no estarán capacitados para el propósito para el que fueron educados. Su misma educación servirá para apartarlos y aislarlos de su pueblo.

“Al hablar de Nicaragua, dijo que no se podía realmente entender la situación a menos que se supiera que Sacassa representaba una parte de la enemistad interurbana que se había estado dando durante muchos años. Al contarle del deporte favorito de comprar y vender ferrocarriles en Nicaragua (juego en el que siempre ganaban los banqueros neoyorquinos), tuvo cuidado en decir que la información que tenía al respecto era de segunda mano. En esta parte de la conversación no dio la impresión de ser un radical clamando por justicia. ‘Si yo fuera banquero, no invertiría en Nicaragua, sin garantías y sin estar metido en Washington’ ”.

Creo que usted conoce a otro de mis “contactos” de esta semana: el Dr. Clarence Henry Haring, catedrático de historia latinoamericana y economía en Harvard. Haring está aquí en una estancia de dos meses principalmente con el fin de hacer una investigación para una de las fundaciones que propone establecer varias becas para estudiantes latinoamericanos en universidades del norte de América. Estas becas deberán ser similares en planes y propósitos a las otorgadas por la Rhodes Foundation y el Commonwealth Fund. No pude averiguar el nombre de la fundación, pero estoy seguro de que sería sencillo



descubrirla alrededor de Harvard o en Nueva York. Quizás el instituto desee establecer algún contacto más adelante. Haring hizo muchas preguntas acerca de mi trabajo aquí y del instituto. Si usted pudiera ir a buscarlo a Harvard, le aseguro que verá que es un buen elemento.

Hay un problema sobre el cual me gustaría saber su opinión. Ahora que voy avanzando en mi trabajo sobre el desarrollo educativo actual en México, está tomando forma el esbozo de mi informe. He visto que habrá muchas divisiones, como “el movimiento de escuelas rurales”, “las escuelas agrícolas”, “las escuelas al aire libre”, etc. Cada una podría tratarse por separado conforme avanza y en el informe enviado al instituto. La ventaja de esto sería tener los resultados de mi estudio más pronto y les daría la oportunidad de analizarlos mientras el trabajo se lleva a cabo. Por otro lado, podría esperar hasta haber terminado todo mi estudio preliminar (en noviembre) sobre la educación en México y enviar un solo informe completo. Esto tendría la ventaja de permitirme ver diversos aspectos del problema en relación con el todo y evitaría la necesidad de repetir los materiales de antecedentes. Honestamente, por el momento estoy más dispuesto a seguir este último plan.

Reciba mis más cordiales saludos.

ENS

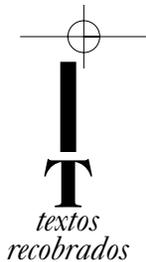


México, D.F.,  
Hotel Geneve,  
8ª calle Liverpool 133  
2 de agosto de 1927.

ENS... WSR... 6.

Estimado Sr. Rogers:

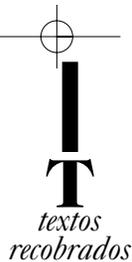
La cuestión de tratar de descubrir los senderos y vericuetos de la vida de un pueblo tiene sus subidas y bajadas, sus golpes de suerte y sus periodos de depresión, muy parecidos a los que marcan el curso de cualquier otra empresa. Esta semana he tenido la suerte de experimentar tanto la subida como la bajada del ciclo.



Como he dicho en mis cartas anteriores, mis estudios iniciales son sobre los temas del desarrollo actual de la educación y los problemas relacionados con la distribución, composición y características culturales de los diversos grupos raciales de México. La relación que hay entre estos dos temas se pone de manifiesto en una afirmación que aparece una y otra vez en los escritos de las autoridades locales: “El principal problema de la educación en México es la incorporación de la población indígena a la vida del país”. Si acepto esta afirmación como hipótesis de trabajo, he pensado que entonces una de mis primeras tareas es averiguar cuál es la naturaleza de esta población indígena. Pero tristemente he descubierto que era más fácil pensar en este plan que llevarlo a cabo.

La principal dificultad es que, desde el punto de vista dictado por los intereses del instituto, muchos de los estudiosos mexicanos tienen relativamente poca utilidad como fuentes de información; y esto por la sencilla razón de que tienen “mentalidad arqueológica”. Tomemos como ejemplo mi plática del lunes y el martes con Mendizábal. Según me dijeron varias personas, Miguel O. de Mendizábal sabe más acerca de las culturas indígenas que cualquier otro en México. ¡Qué bueno! Evidentemente, tenía que ir al Museo Nacional a conocer a este hombre, de nombre [ilegible] durante varias horas con una conferencia realmente interesante sobre la migración tribal de las civilizaciones indígenas existentes antes de la conquista española. Interesante, sí, pero son tres siglos y más anteriores al año de nuestro señor, 1927. Nada sobre las preguntas: “¿Qué grupos culturales o raciales viven *ahora* en México? ¿Dónde se encuentran? ¿Qué hay en su forma de vida que dificulta su incorporación a la vida del país?”... no había respuestas. Este es un buen ejemplo, como puede ver, del punto del que hemos hablado acerca de en qué medida debe involucrarse en la historia un hombre en el campo para trabajar de manera eficiente y también el “Instituto de Asuntos Internacionales Actuales”.

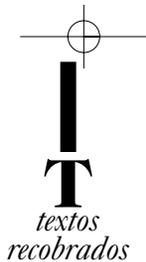
No obstante, por otro lado tenemos a Carlos [ilegible], miembro del Departamento de Educación que tiene el cargo de “jefe de la división de estudios etnográficos de las escuelas rurales y de la incorporación cultural de los indígenas”. A pesar del peso de su cargo, el Sr. [ilegible] tiene lo que parece ser “importante”. En efecto, durante un año o más, el departamento ha estado recabando material para responder a las mismas preguntas que he planteado a



Mendizábal con tan poco éxito. Aunque todavía no está listo para publicarse, me han proporcionado este material, el cual cubre todos los aspectos de más de cincuenta grupos indígenas. Con este material como guía, junto con las observaciones de mis viajes del otoño, espero avanzar de verdad en la comprensión del problema básico para todos los demás problemas de México.

La segunda mina de oro que descubrí esta semana fue el departamento de estadística. Parece que en la mayoría de los países, el departamento gubernamental de estadística proporciona fuentes de información bastante obvias. Sin embargo, en México apenas si se podría esperar encontrar un departamento que en verdad funcionara y que pudiera proporcionar hechos precisos. En verdad que no esperaba encontrar un departamento tan amigable [ilegible] y tan dispuesto, en apariencia, a proporcionarme sus hallazgos. Me presentaron al jefe del departamento, el Ing. J. de [ilegible]. Bojórquez. Después de los cumplidos comunes de los mexicanos, me llevó con uno de los principales expertos en estadísticas: el señor Silva Herzog. Durante mi conversación con Herzog (transcurrida de alguna milagrosa manera en francés, inglés y español) por casualidad mencioné que me gustaría mucho ver algunos estudios de “estándares de vida” realizados para México. Ante esto, su rostro se iluminó como si le hubiera dado una moneda de oro de diez dólares. Casualmente había tocado su tema favorito. Ante mis ojos gustosos, procedió a desenrollar mapas y gráficas de cada estado de la República que mostraban el consumo de calorías por familia, costo de alimentación, vestido, renta, etc. Los estudios aún están en proceso y tan pronto como estén mecanografiados recibiré una copia, de mayor pertinencia inmediata para mi interés actual por la educación. Pudo darme los informes mecanografiados sobre el analfabetismo, el número y la ubicación de las escuelas, etc. En vista de que pasarán meses antes de que se imprima este material, usted entenderá que al final de la entrevista estaba yo más emocionado que el propio Sr. Herzog.

[Ilegible] de informar las aventuras en el [ilegible] del estudio estadístico exacto de este tenebroso y cambiante mundo de [ilegible] y chismes. En breve, lo importante del chisme político actual es: México tendrá una revolución en los siguientes tres meses. Como apoyo a esta profecía de “la tormenta que se aproxima”, las siguientes nubes en el horizonte me han sido señaladas por



diversas personas: a) aumentan las rentas de las casas y departamentos en la ciudad de México, es decir, hay una mayor demanda de vivienda en la ciudad debido a que la gente de las poblaciones más pequeñas, los “hacendados” y los rancheros, alarmados por el rumbo que está tomando la campaña política, están comenzando a apiñarse en la ciudad; b) El embarque ferroviario de armas y municiones recibidas recientemente por el gobierno (y llegarán más) se ve como una señal ominosa; c) El préstamo de dos millones de dólares negociado en Nueva York para pago con la deuda nacional significa que los fondos gubernamentales se están reservando para otros propósitos quizá más sanguinarios.

Cuando se usan las pajillas para saber en qué dirección sopla el viento, trato de tener en mente que, después de todo, no se necesita mucho viento para hacer volar una pajilla. Además, sé que “las guerras y los rumores de guerra” han sido omnipresentes en México por muchos años. Sin embargo, debido a mi inocencia actual con respecto a los estigmas de revoluciones incipientes, me veo persuadido a dar crédito a estos rumores... Esperaba que la caza fuera buena en México, pero no imaginaba obtener una revolución durante mi primer viaje.

Para equilibrar este sombrío pronóstico antes de concluir: esta semana he tenido la suerte de conocer a dos de los tres artistas más sobresalientes de México: Roberto Montenegro, decorador e ilustrador (al estilo de Beardsley) de considerable talento, ha captado gran atención en los últimos años por haber revivido en México el arte de los azulejos y los vitrales. Adolfo [ilegible] ha obtenido el reconocimiento internacional por sus interesantes teorías desarrolladas a partir de sus estudios sobre el antiguo arte maya y azteca. Cree que puede reducir este arte, y por tanto todo el arte, a siete principios fundamentales o formas de líneas características. Whorf [ilegible] acaba de publicar su más reciente libro en inglés. El éxito con que su sistema o “método de dibujo” se introdujo aquí en la escuela pública hará historia.

He recibido noticias de que el dinero depositado en Nueva York se ha acreditado a mi cuenta de aquí. Por suerte, el tipo de cambio estaba más a mi favor que de costumbre y pude comprar 846 pesos de oro. En la carta de la próxima semana le haré un recuento financiero completo hasta el 1° de agosto.

Atentamente:

ENS



México, D.F.,  
Apartado 538,  
20 de septiembre de 1927

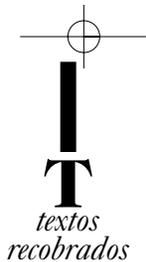
ENS...WSR... 13

Estimado Sr. Rogers:

“Haga que trabajen, enséñeles lo que pueda y luego vuélvalos a enviar a la granja”, así resumió la teoría de la educación de las nuevas escuelas regionales agrícolas de México el director de la Escuela Central Agrícola del estado de Guanajuato. Y la primera impresión que se lleva uno en la visita a una de estas escuelas es que en verdad se está poniendo en práctica esta filosofía banal y de sentido común. No existe “adorno” alguno, ni social ni educativo para estas escuelas agrícolas. Al igual que las escuelas primarias rurales, a las que tratan de complementar, han sido concebidas seriamente para satisfacer las exigencias de un problema social claro e inmediato. Representan el tercer y último eslabón de la cadena de la vida agrícola que se está forjando en la revolución social de México. “La división de las propiedades de los terratenientes” (“Bancos Agrícolas”) y “las escuelas agrícolas” son las traducciones institucionales poéticas y prácticas del grito revolucionario de “tierra y libertad”.

Por el momento sólo existen cuatro escuelas de este tipo en toda la República (hay tres más en vías de construcción), pero no creo que pueda subestimarse su importancia en el orden de las cosas. En un país donde aproximadamente el 75% de la población es rural, se le debe dar una seria consideración a cualquier plan que pretenda elevar el nivel de la vida agrícola.

El equipo físico de la Escuela Central Agrícola del estado de Guanajuato, que podríamos seleccionar como representativa de las demás, es de lo más moderno y actual. Los graneros, establos, talleres, lecherías, corrales de pollos y cerdos, etc., bien se pueden comparar con los que hay en cualquiera de las escuelas “agrícolas y mecánicas” de los Estados Unidos. De hecho, el director de la escuela, el Ing. Enrique Muris, pasó once años en los Estados Unidos y recibió su formación profesional en la facultad de “A & M” de Mississippi. No

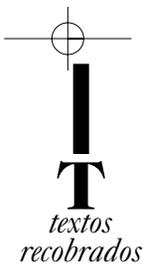


obstante, hay que observar que los organizadores de las escuelas mexicanas agrícolas han intentado evitar el error de imponer a la fuerza las técnicas diseñadas para satisfacer las necesidades de otros países. El señor Muris diría que “se ha hecho todo lo posible por no seguir ciegamente los modelos establecidos por los Estados Unidos, Alemania, o cualquier otro país. Lo que tratamos de hacer es tomar ‘lo mejor que se ha dicho y hecho’ en otros países y adaptarlo a los problemas agrícolas de México. El gran error que ha cometido México en el pasado es que siempre ha estado demasiado dispuesto, en especial en asuntos educativos, para adoptar las teorías de otros países, sin darse cuenta de que quizá (y casi nunca sucede) estas teorías no satisfacen las necesidades particulares de México”.

Las oficinas administrativas, las aulas y los dormitorios para los alumnos se encuentran dentro de una antigua hacienda muy grande que ha sido remodelada para ese fin. Una vez más, se impresiona uno por lo bien que todo calza. Los dormitorios son grandes y espaciosos; las cocinas están equipadas con calderas de presión de vapor (también, asombroso, hay una ingeniosa máquina para hacer y cocer tortillas); los salones “sociales” y las aulas son cómodas y limpias. Cerca del edificio principal está un hermoso teatro al aire libre construido de concreto y decorado con azulejos de la región. No lejos del teatro hay una gran piscina de concreto al aire libre y varias duchas alimentadas por un pozo artesanal.

Lo más interesante del programa de estas escuelas agrícolas es el plan de hacerlas totalmente autosuficientes. La de Guanajuato, por ejemplo, a pesar de que se estableció hace menos de un año, según el director, ya está cubriendo sus propios gastos hasta el 75% de su presupuesto anual de 200 000 pesos. Además, la inscripción no sólo es gratis, sino que todos los alumnos tienen participación en las ganancias de la granja. La mitad de la participación del alumno se le otorga para hacer frente a sus gastos mientras está en la escuela. La otra mitad se pone en el banco de la cooperativa, y la cantidad completa (entre cien y cuatrocientos pesos) se le da al final de los estudios de tres o cuatro años como un ahorro para que empiece su carrera como agricultor.

Hay tres requisitos esenciales para que alguien ingrese a la Escuela Central Agrícola: a) debe ser hijo del dueño de un pequeño terreno (o hijo de un eji-

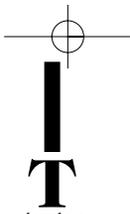


datario, es decir, el que vive en grupo y posee la tierra en comunidad); b) debe haber terminado al menos los cuatro años de la escuela primaria rural o su equivalente; c) debe tener entre 15 y 20 años. (Por el momento, dadas las condiciones que prevalecen en México, es poco sensato hacer cumplir estrictamente todos estos requisitos, en especial los dos últimos). Finalmente, además de los requisitos antes mencionados, el aspirante debe pasar la prueba de “estar realmente interesado por la agricultura y no tenerle miedo al trabajo”.

En efecto, el que le tenga miedo al trabajo la pasará bastante mal, ya que el programa diario es extenuante. Las escuelas agrícolas, al igual que primarias rurales, son “escuelas de acción”; el papel de los libros y las teorías es secundario en comparación con el papel asignado a “aprender haciendo”. Por consiguiente, los alumnos están divididos en dos grupos; uno pasa la mañana (la mañana empieza a las 5:00) trabajando en los campos, huertos, graneros, talleres de carpintería, etc. Al mismo tiempo, el segundo grupo toma clases, y en la tarde es al revés. De esta forma, cada alumno pasa la mitad de su tiempo en el trabajo práctico real de una granja y todo el equipo de la escuela está en constante uso.

El sencillo propósito de estas escuelas agrícolas es convertir a los ignorantes peones mexicanos en granjeros inteligentes que se respeten a sí mismos. O bien, para ponerlo en palabras del director de la escuela de Guanajuato: “No esperamos hacer milagros, pero sí transformar lentamente la vida del campesino. Esperamos producir un joven granjero (duro y trabajador), un futuro productor de cereales, carne, vegetales, miel, fruta, leche, en cantidades suficientes para satisfacer de manera adecuada sus nuevas necesidades adquiridas mediante una educación sencilla y práctica”.

En este breve análisis no existe la intención de presentar como color de rosa las escuelas agrícolas de México. Al igual que casi todo lo demás que es moderno y progresista en México, estas escuelas son significativas como tendencia. Hasta ahora, sólo hay pajillas en el viento. ¿Qué puede hacer una escuela con capacidad para 200 alumnos a fin de satisfacer las necesidades de 10 000 hijos de campesinos en el estado de Guanajuato? ¿Realmente qué son realmente cuatro escuelas agrícolas en toda la República contra una población rural ignorante, atrasada y apegada a sus tradiciones de 10 millones de perso-



*textos  
recobrados*

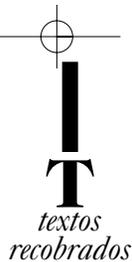
nas? En cualquier caso, ¿en qué consiste el acierto de enseñar a los hijos de los pequeños agricultores a usar la maquinaria agrícola más moderna y la crianza de ganado de raza pura para enviarlos de regreso a sus pueblos, azotados por la miseria, a practicar su oficio con arados de madera y burros sarnosos?

No, las escuelas agrícolas no han marcado el comienzo de un nuevo milenio mexicano. Queda mucho por hacer. Si se lleva a cabo el programa de estas escuelas y si éstas toman su lugar como fuerza dinámica en la vida del país, los que están a cargo de su destino tendrán que conquistar la psicología del país de “soñar mucho y lograr poco”.

Para mí, el punto realmente significativo acerca de todo el movimiento de las escuelas agrícolas es simplemente que se trata de un paso en la dirección correcta. Un paso corto, un paso titubeante, o como quiera llamarlo, pero es un paso. Sería poco inteligente que el gobierno gastara 1 000 000 [ilegible] de pesos en una “escuela agrícola modelo”, en un país donde el 65% [ilegible] de la gente es analfabeta y un porcentaje aún más alto no tiene tierras. Pero, para decir lo menos, es mejor que gastar doce millones de pesos en un teatro incompleto de mármol y oro en la ciudad de México.

Después de haber sobrevivido al 16 de septiembre, siento que debo hacer algunos comentarios sobre las fiestas nacionales y la manera en que se celebran en México. El 16 de septiembre es en México lo que el 4 de julio es en los Estados Unidos. Más concretamente, es la conmemoración del “Grito de Dolores”. Es la fecha en que se dio al llamado a las armas esa fatídica noche de septiembre de 1810 por parte del cura del pueblo, Miguel Hidalgo, “Viva nuestra Señora de Guadalupe, viva la Independencia”. Antes del amanecer del 16 de septiembre, Hidalgo tocó la campana de la iglesia para anunciar el movimiento y así comenzó la lucha de diez años para independizarse de España...

Este año, los rumores normales de que estallaría una nueva revolución la noche del gran día fueron tomados en apariencia con más seriedad que de costumbre. La ciudad estaba llena de soldados y guardias especiales. Cerraron las cantinas y pulquerías desde muy temprano. Registraban a todos los que entraban a la plaza mayor o Zócalo para ver si no ocultaban armas. Por todos lados había policías en motocicleta y camiones antimotines, listos para tomar medidas inmediatas.



Yo llegué como a las 10:00 con Diego Rivera, el pintor, y un amigo estadounidense. ¡Un panorama que valía la pena ver!: miles y miles de personas amontonadas en las ocho o diez cuerdas de la plaza; al frente, el Palacio Nacional como un blanco resplandor; a la izquierda, la gran catedral, que reflejaba parte de la gloria del palacio y de vez en cuando saltaba en un contorno vívido cuando los soldados disparaban los fuegos artificiales en el patio o desde las torres. Cuando el reloj da las 11:00 aparecen en el balcón el presidente y el cuerpo diplomático. Una vez más repica la campana de la libertad y una vez más se levanta “el grito”. La masa, abarrotada frente al balcón presidencial, entona el himno nacional; las campanas de la catedral repican sus tonos solemnes; los cohetes tiñen el cielo de rojo, verde y azul... Pero la gente [ilegible]. Bueno, quizá por la falta de pulque y tequila, o quizá por la llamada “reserva de los indios”, pero toda la multitud parecía curiosamente tímida, casi servil. Por cierto, se agitaban sombreros y pañuelos en el aire y hubo algunos gritos aislados de “viva México”; pero, en general, brillaban por su ausencia los arrebatos apasionados que los libros nos hacen esperar de los países latinos, o falta incluso el entusiasmo ruidoso y espontáneo de una multitud estadounidense.

Uno se llevaba la impresión de que la gente sencillamente no sabía cómo actuar en una ocasión así. No había una verdadera tradición para esto. Y más allá de esto, siento que la raíz del asunto radica en el hecho de que, después de todo, para la gente común y corriente los símbolos de la nacionalidad mexicana tiene poca, o ninguna, importancia. Para que se entienda lo que quiero decir, hay que comparar con esta desganaada manifestación la conmovedora participación de los mestizos y los indígenas en una festividad religiosa como la que presencié la semana pasada en el santuario de Los Remedios. O bien, consideremos esto: ¿se imagina usted a los Estados Unidos con igual número de banderas británicas que estadounidenses el 4 de julio? Sin embargo, al parecer, para los mexicanos esto no sería extraño, ya que el día de la celebración de la independencia de los “odiados tiranos españoles”, las banderas españolas eran tan prominentes en la ciudad como las mexicanas.

Hay varios signos, superficiales si se quiere, pero aun así convincentes, que llevan a la conclusión de que el ciudadano mexicano promedio sólo siente vagamente el significado de todo esto. No hay punto de referencia, como dirían



los filósofos. Excepto por un pequeño grupo de intelectuales de las ciudades, México todavía no tiene historia, no tiene memoria racial. Después de cien años de libertad, aún tiene que convertirse en nación.

Atentamente:

ENS 